



María Fernanda Madriz
Morella Alvarado
Ricardo Azuaga
(Venezuela)

**Homenaje a
Ambretta
Marrosu:
Desde el lugar
en el que habita
el amor**

***Tribute to Ambretta
Marrosu:
From the place where
love lives***



Yo quiero contarles sobre otros talentos

María Fernanda Madriz

Ambretta era menuda de cuerpo, cabello breve, ojos sabios. Ya estaba en el ININCO cuando llegué aquí, y me acogió con incondicionalidad, quizá por ser pupila de Oswaldo Capriles su amigo entrañable; quizá por mis padres, con quienes compartió parrandas y trasnochos hablando de cine y de política; quizá por Tamara y Matías, dos de sus hijos, con quienes a mi vez he compartido juergas y canciones.

Por esas cosas absurdas de la Academia, Ambretta figuraba en la nómina del Instituto como “Asistente de Investigación”, quizá porque a su vida no le hizo nunca falta un título universitario para acreditarse como investigadora plena; o quizá, porque las universidades no tienen grados académicos capaces de honrar la cualidad de pensamiento que Ambretta Marrosu revolvió cada mañana en su café.

Tampoco a quienes la conocimos nos hizo falta que tuviese un título para sucumbir, hipnotizados, ante sus dotes, que fueron muchos y muy diversos.

Mis colegas hablarán de su experticia como crítica e investigadora cinematográfica, erudita en historiografía del cine venezolano, editora, gremialista, escritora.

Yo, quiero contarles sobre otros talentos, menos públicos, de Ambretta, por los que nosotros en el Instituto no dudamos en concederle varios honoris causa:

1. Uno en lingüística, por ejemplo, pues Ambretta, siendo italiana de cuna, hablaba y escribía el español muchísimo mejor que cualquier nacido aquí.

Fue correctora de estilo del Anuario y demás ediciones del Instituto. Y por orden de los varios Directores cuya gestión acompañó, nada se publicaba en el ININCO sin que el ojo de Ambretta diera el visto bueno a la gramática y ortografía de los materiales. En el diario hacer, Ambretta fue nuestro Diccionario Panhispánico de Dudas on line, o8ooAmbretta, mucho antes de que existiese Google y que la Real Academia de la Lengua publicase el suyo para los hispanohablantes.

2. Le otorgamos también Honoris Causa en Historia, pues Ambretta fue la memoria del Instituto desde el primer día que llegó y se integró al Consejo Técnico en la secretaría de Actas. Lo registraba todo minuciosamente en Cuadernos Caribe de una raya, y luego transcribía lo ocurrido, argumentado y aprobado apoyándose en la tecnología del momento: máquina de escribir vulgar, IBM eléctrica de bolita, computadoras.

Los cuadernos Caribe de Ambretta merecerían estar en la Sala de “Incunables” en la Biblioteca Central de la UCV, pues forman parte de su acervo y hablan de su mejor estirpe, formada y formadora en sus aulas y cubículos.

3. También le otorgamos Honoris Causa en Bibliotecología y Archivología, pues los ficheros de Ambretta sobre cine venezolano, sobre documental latinoamericano, sobre todo tipo de cine, merecerían subastarse en Christie’s.

Fue una pasión que compartimos pues también amo las fichas de papel, tocarlas, olerlas, inventar criterios de organización para ese caos de cartón rayado que ya nadie quiere.

4. Incluso le concedimos Honoris Causa en profesiones y áreas de especialización inexistentes para la época: resolución de conflictos, intermediación, crisis *management*.

Marrosu tenía su carácter, es verdad, pero en el Instituto supo colocarse por encima de sus propios afectos y deferencias para hacer de plomada en momentos difíciles, cuando las ópticas epistemológicas diversas y los egos de los investigadores –hay que admitir– entrabaron e incluso sabotearon la actividad en el Instituto.

Podría seguir hablándoles hasta el anochecer de los Honoris Causa de Ambretta Marrosu, pero se me ha pedido respetar el tiempo asignado y, en consecuencia, me detendré aquí.

Por razones complejas que ya estoy vieja para seguir intentando comprender, guardo una distancia tonta -de protección dirían los psiquiatras-, frente a quienes retan mis afectos con el riesgo de amar.

El único vacío que dejan las personas cuando se van es aquél que no quisimos, o pudimos, o supimos compartir. Por eso yo comparto hoy mis recuerdos con ustedes, para llenar mi vacío, pues Ambretta se fue rebosante, repleta de todo cuanto valió la pena ser vivido en los años que fue, por esas aberraciones de la Academia, auxiliar de investigación de este Instituto.

En estos tiempos turbios, resistir es vencer la sombra

Morella Alvarado

Mi relación académica con Ambretta es tangencial. ¿A qué me refiero? A que yo no tuve la fortuna de que fuera ni mi profesora, ni mi compañera de trabajo. Yo sólo sabía de ella por algo que se llamaba “Cine-oja”, un proyecto en el que participaba un compañero de la escuela que por cariño llamamos Richard. Él, por ser uno de los alumnos más brillantes de la Escuela de Artes, debía asistir a unas reuniones importantísimas, una vez a la semana, junto a Emegé y a Maryori Miranda ¿Los jueves? No lo sé. Recuerdo, que ahí también estaba, Alfredo Roffé, el respetadísimo profesor de Análisis Filmico, quien a su vez, era miembro del Consejo de Escuela, ese espacio de co-gobierno universitario, al que yo había llegado por culpa de la solidaridad. Este recuerdo tiene un anclaje de un poco más de treinta años.

Casi tres lustros después de ese primer recuerdo, María Fernanda Madriz, quien había sido mi tutora y mentora académica, me dice que en el ININCO, se abriría un Concurso de Credenciales para optar a un cargo de investigadora. Del ININCO sabía que era un lugar importantísimo, algo así como la NASA de la comunicación. Al ININCO yo lo conocía, porque era ahí donde mi tutora me orientaba, me corregía y me forzaba a hacer una tesis, que se demoró más tiempo de lo debido, por mis constantes idas y venidas en la vida profesional. Razón por la cual engrosé las filas de los mirados con recelo, lo TMT. Y fue precisamente en esas visitas al ININCO, en las que me tropezaba a Ambretta. Una italiana con todas las letras, que fumaba y tenía una voz ronquita que a mí me encantaba.

Gracias a un amigo de mi adolescencia, había llegado a Ambretta por otro lado, por el de su hijo Matías. Rayman Seijas, me llevo un día al taller de luthería de Matías, pues ahí él estaba construyendo un instrumento. Esa vez, subimos a saludar a Ambretta y a su hermana. Las dos italianas que vivían al lado del taller. Mi querida Cristina Méndez, la Cristipuchi, también me hablaría de lo fabulosa que era la mamá de su amigo Matías y de su tía “Ese par de italianas”. Con ella, también llegué a ir en algún momento a su casa, en una visita fugaz. Desde ellos dos es que me acerco pues, a la Ambretta familiar.

Al llegar al ININCO, me tocó lo que llamo el minúsculo contacto académico que tuve con ella. Al ser contratada me tocó ocupar su puesto. Más bien, me asignaron el lugar donde Ambretta trabajaba. Un espacio con un gran escritorio verde, en una oficina que compartía con la Profesora Elizabeth Safar, intermediada por una especie de intersticio lleno de una gran cantidad de objetos, máquinas, libros, revistas, que son parte de los tesoros escondidos de la universidad. Espacio que aún mantengo asignado y que conservo con el cariño especial que uno le otorga a los lugares en los que se ha crecido. Ambretta recién se había jubilado o estaba a punto de hacerlo. En esos primeros días de mi vida en el ININCO, me tocó no sé por qué –tal vez por el azar o porque debía quedarse en mi recuerdo– leer un correo en el que Ambretta llama a María Fernanda, Mafernita y eso, me llenó de una inmensa ternura.

En esos primeros años en el ININCO y por medio de María Fernanda Madriz, conozco a Tamara Herrera. Una amiga entrañable, a quien uno llega a amar, sin más razones que las que impone el propio amor. Entre encuentros que se daban entre sábados y sábados, descubro que ella es hija de Ambretta. La misma Ambretta de cine-oja, la misma del ININCO, la misma que me mostró Rayman y de la que tanto me hablaba Cristinita. Y en un momento el círculo se completó. La tangencialidad se volvió radio y llegó al corazón.

Por mis andanzas en el mundo teatral, no recuerdo muy bien, pero sé, que por alguna razón, yo estuve involucrada en algo que permitió que Ambretta y su hija Claudia, disfrutaran de un espectáculo de ópera en el Teresa Carreño. Esa pequeña acción fue agradecida profundamente por Ambretta. Tanto que por un momento sentí que yo debía escuchar y aprender sobre ópera para disfrutar tanto como ellas lo hicieron esa vez.

La partida de Ambretta sucede, justo cuando la UCV y mis compañeros me dan la oportunidad de asumir la Dirección del Instituto de Investigaciones de la Comunicación. Unos meses antes, la había nombrado mucho a propósito de su propuesta de periodización para el cine en Venezuela y de una tesis de pregrado que buscaba dar a conocer la historia de nuestro cine, gracias a un juego de mesa.

Al intentar buscar información para escribir estas palabras, encuentro que la magnitud del aporte de Ambretta a los estudios sobre el cine y la cultura cinematográfica, son como diría Gustavo Hernández, superlativamente trascendentes. Ambretta no sólo se empeñó en darle carácter científico a los estudios históricos del cine, sino que propuso metodologías, se empeñó en trabajar y dejar un legado que se transformó en referencia obligatoria al hablar de este campo disciplinar en nuestro país. Ambretta, casi como los creadores renacentistas, se pasó no sólo por la investigación, la crítica, el activismo y la gestión, sino que se involucró en la creación. Hace dos días me entero que ella, participó con el grupo feminista Miércoles desde el cual se produjo de forma colectiva un film emblemático: “Yo, Tu, Ismaelina” en el año 1982 y mi orgullo creció.

No es sólo por el afecto, sino por el reconocimiento a su obra, que el día de su partida, decidimos, designar al Premio Bienal ININCO, que se otorga a las mejores tesis venezolanas en Comunicación y Cultura, con el nombre de Ambretta Marrosu. Esta es, una de las maneras en la que la Universidad Central de Venezuela, le devuelve a Ambretta, su pasión por el conocimiento y por todo lo ella le brindó, a nuestra casa que vence la sombra.

Sobre todo porque en estos tiempos turbios, resistir es vencer la sombra.

Muchas gracias a sus hijas, a su hermana, a sus familiares, amigos, alumnos, colegas y a todos los que están aquí, a este pequeño homenaje, que hacemos desde el lugar en el que habita el amor.

Ambretta Marrosu, la crítica y la razón

Ricardo Azuaga

Aunque ya sabía de sus trabajos pioneros y fundamentales sobre la historia del cine venezolano, mis primeros contactos con Ambretta Marrosu fueron a través de la crítica cinematográfica. Como estudiante de artes, leyéndola; luego, como colega y amiga. Ya a partir de las lecturas, pero sobre todo después de conocerla, mi cariño, respeto y admiración venían de la solidez de sus reflexiones, de la capacidad para argumentar sus apreciaciones, de la innegable cualidad ética de sus escritos y la claridad para expresar las ideas más elaboradas. El sustento de sus críticas era, ante todo, la sólida argumentación. Y así, todas sus opiniones y posiciones, en la vida académica, profesional y personal, venían respaldadas por el análisis meticoloso, la reflexión detallada y la fidelidad a sus convicciones.

Quiero hoy hablar de ella como crítica de cine. Creo que es un justo homenaje recordar algunas de sus afirmaciones y reflexionar, tratando de llegar a su claridad y firmeza, sobre estas pequeñas citas.

En 1987, para un evento organizado por la Federación Venezolana de Centros para la Cultura Cinematográfica, realizó una ponencia con un tono didáctico, pero impecable y profundo. Allí comentaba:

“Al hacer una crítica [...] no necesariamente se critica (en cuanto al hecho de expresar solo juicios desfavorables), sino que del mismo modo puede elogiarse, calificarse [...] de acuerdo más bien al verbo griego del cual se derivan esos términos (criticar y crítica) y que quiere decir ‘separar’, ‘decidir’, ‘juzgar’”.

“El crítico se responsabiliza personalmente de su opinión: si no lo hace sumerge su responsabilidad en las formas autoritarias e indiferenciadoras de la difusión masiva”.

“La función de la crítica en general es la de inducir a otros a pronunciarse sobre las cosas, a disponerse a entretener unas relaciones activas con las cosas; a demostrar que las cosas no son intercambiables y que están sujetas a juicios de valor dependientes de una concepción del mundo, la cual produce una toma de posición en el mundo”.

Es esto una declaración de principios. Ambretta no solo desmonta en dos frases el famoso mito de la “crítica destructiva”, sino que ubica al crítico en el lugar de la lucha en la sociedad y las ideas con la responsabilidad que eso implica.

El crítico, además, deja de ser la autoridad orientadora. Esa figura que muchos medios han querido sustentar para mantener a la población en una eterna “minoría de edad” (son palabras de ella). Ambretta propone empujar al espectador, a la población, a pronunciarse por su propia cuenta, a conectar “cosas” –como ella dice–, a defender con firmeza ética los valores no intercambiables y, en consecuencia, a ir más allá del cine o del arte para conectarse con el mundo y tomar posición frente a ese todo.

En múltiples ocasiones, Ambretta se quejó de ciertas inconsistencias y del exceso de susceptibilidad por parte de los cineastas (y de los venezolanos en general) frente a una crítica desfavorable o un juicio negativo. Un alarde de sensibilidad y de inmadurez cultural –o política– que aún hoy nos toca padecer.

Antes, en 1983, ya Ambretta reflexionaba sobre su trabajo en un tono más personal, pero también más especializado: “pienso que la libertad creativa, condiciones de producción, temas nuevos como los que se plantean en los cines “terceros”, permiten una variedad infinita de transgresiones y que estas transgresiones constituyen, cuando logran una nueva significación, el enriquecimiento de la expresión misma. Las reglas hay que tomarlas en cuenta cuando la misma obra se propone como seguidora (mala o buena) de ellas”.

Más adelante, acotaba: “a pesar de que yo espere de cada nueva obra una transgresión, por considerarla enriquecedora y portadora de un nuevo valor, si esta transgresión es solamente expresión de una incapacidad, si no consiste en una solución significativa o si, para colmo de males, se considera a sí misma significativa por el solo hecho de ser transgresión, tendré que rechazarla”.

Hablaba así de “amplitud”. De una capacidad necesaria para desechar parámetros, evitar rígidas reglas o los límites de una ideología dada. Pero también de reconocer, ya en el caso de una película propiamente dicha, la necesidad de seguir normas cuando la película así lo exigiera. Y nos habla también de “exigencia”. Exigencia de razones, exigencia de compromiso al conectar la obra –así parezca perfecta en sí misma– con su mundo, con el mundo.

Amplitud y exigencia para con la obra. Pero también para con uno mismo. Como el cuento del señor K., de Brecht, que Ambretta tanto disfrutaba y que citó en este mismo artículo: “Un hombre que hacía mucho tiempo que no veía al señor K. le saludó con estas palabras: -No ha cambiado usted nada. -¡Oh! –exclamó el señor K., palideciendo”. Porque con el tiempo y la sociedad, el crítico no solo debería haber cambiado algo, sino que debe tener conciencia de que “algunos cambios tienen que haberse realmente realizado más allá de él”. Porque la visión del crítico debe ir más allá de su individualidad y de su subjetividad.

En cuanto a la relación crítico-cineasta en Venezuela, escribió: “lo específico de (esta relación) es la ausencia de relación. Entre ellos, lo que hay es un objeto común (la película) que pertenece tanto a uno como al otro [...] El cineasta generalmente se indigna cuando se critica su película porque de esta manera se traicionaría esa causa común que es la defensa del cine nacional. El crítico se convierte en un traidor y en un ser culturalmente dependiente que tiene como modelo el cine extranjero (...) se confunde la defensa de un derecho de expresión y la aspiración a tener un cine que corresponda profunda y críticamente a la realidad venezolana, con una especie de patriotismo (y) se recurre a una fácil ironía que, a mi modo de ver, se retuerce lastimosamente contra los mitos de los cineastas que están lejos, en general, de conquistar la independencia cultural que, tan justamente como al crítico, se les pide [...] Producir una película –afirma Ambretta más adelante– se convierte en un acto heroico valioso en sí mismo. A pesar de que en verdad se trata de un acto heroico, si el producto no está a la altura de ese acto, nada lo puede salvar”.

Describe aquí una situación que aún hoy padecemos (la indignación del cineasta y la defensa patriótica del cine como acto heroico) y define la aspiración a un cine nacional

culturalmente independiente. Con palabras breves y precisas, con la claridad que siempre refleja el pensamiento de Ambretta.

Esa precisión para hablar del cine, del cine venezolano y para conectar su discurso crítico con la realidad inmediata, se demuestra en las últimas frases de su crítica a *Pandemónium* (1998): “*Pandemónium* es [...] una respuesta nueva, confesional y crítica, hiriente y compasiva, a las interrogantes que nos acosan, no tanto frente al tan cacareado “fin de milenio”, sino en cuanto inmersos en este auténtico, específicamente nuestro “fin de mundo”. De allí que aludimos [...] a una especie de derecho al caos instaurado por la película. Es que los tópicos sociopolíticos de la corrupción de los poderes, la violación de los derechos humanos y la expansión de la delincuencia –banalizados diariamente por las instituciones de la información social– son tratados aquí en el contexto de una representación de lo común, lo cotidiano, donde todo es reconocible (y por tanto “legítimo”) [...] El desorden, la paradoja, la violencia, el trasiego de costumbres y valores de uno a otro estrato social –el caos–, no son aquí sino una representación exasperada del presente más manifiesto y, sin embargo, ideológicamente negado”.

De nuevo la síntesis, la coherencia. Esa obligación de hablar de la película en particular, del cine venezolano en general. Pero también la necesidad de exigirle una transgresión y valorarla, a la vez que su discurso trasciende la impresión personal para instalarse en una visión (y una posición) frente al país que era (que es) Venezuela.

En su integridad, Ambretta escribía y hablaba de cine sin la pasión del cinéfilo –pasión que dejaba, con cierto desdén, para los aficionados viscerales y algunos cineastas incontinentes–. Lo hacía desde la razón y el rigor –entendido éste, según sus propios escritos, como el rechazo a las simplificaciones, la búsqueda de toda posible ambivalencia y de todo matiz que indique algún trasfondo importante–. Escribía y enseñaba desde el pensamiento metódico y sistemático. No sin humor, se definía a sí misma como cartesiana.

Quedan en mi archivo personal el honor y el placer de haberla conocido. Y si como historiadora fue pionera; como crítica, una maestra. Quedan también, para mi aprendizaje, todos sus comentarios sobre la situación que nos ha tocado vivir en estos últimos dieciocho años. Pero eso pasará y es otro tema. Por hoy, es mejor hablar de lo que trasciende siempre: el cine, el estudio, el conocimiento. Es decir, el predominio de la razón.

Caracas, 28 de junio de 2017.